

La perla de Lavandero

Por Jaime Guzmán

Fidel Castro acaba de reconocer "el caos y la anarquía" de la economía cubana, añadiendo patéticamente que "nunca nos fue tan mal", pese a sobrevivir gracias a una ayuda soviética de 11 millones de dólares diarios, a cambio de haber enajenado la soberanía de su patria, convirtiéndola a Cuba en el más sumiso vasallo mundial del Kremlin.

Para el mundo occidental ello no constituye sorpresa. El colectivismo socialista se ha demostrado incapaz de generar prosperidad en ningún país en que él se haya impuesto. Y cada cierto tiempo vienen las célebres "autocríticas" de los jerarcas marxistas, generalmente utilizadas como pretexto de las más implacables purgas internas.

Ahora último suele añadirse a esas "autocríticas" el anuncio de alguna tenue liberalización de corte capitalista, reconocimiento furtivo de que la economía social de mercado es el único sistema idóneo para un progreso significativo.

Sin embargo, ha surgido una perla destinada a redimir a Fidel de su "autocrítica". No se trata de un comunista más fanático que Castro, sino de un dirigente democratacristiano chileno, el ex senador Jorge Lavandero. Señalando que no es partidario de la revolución cubana ni del comunismo, él sostiene que la "autocrítica" del dictador cubano obedece a que éste es muy "perfeccionista" (!).

Invocando su visita reciente a Cuba, el Sr. Lavandero afirma que dicho país "ha llegado a un nivel de vida tan alto, entre los sectores de más bajos ingresos, que muchos de ellos eluden realizar los trabajos que son necesarios para un país pobre, como Cuba".



Uno se queda meditando por qué subsiste entonces la escuálida tarjeta de racionamiento que impera a todo nivel en la isla, aun para los consumos más esenciales.

Pero el Sr. Lavandero continúa y nos asegura que pudo "constatar que existe un 95 por ciento de adhesión a Fidel".

Seguramente debe ser por eso que se prohíbe emigrar de Cuba, convertida así en gigantista cárcel, a la cual ninguno del millón de cubanos que alcanzó a salir desea volver.

Querría decir, entonces, que a los cubanos no les importa que se les impida educar libremente a sus hijos. Que se les coarte su libertad de culto religioso. Que se les prohíba emprender cualquier actividad económica, intelectual o artística al margen de la férula estatal. Que no se les permita organizar sindicatos, agrupaciones estudiantiles o gremios de cualquier índole con algún grado de autonomía.

Que se les controle su vida hasta el detalle por "juntas de vigilancia revolucionarias" estructuradas en cada manzana y cuadra. Que se asfixie todo atisbo opositor, sin que se conciba algún medio de comunicación no oficial. O que la disidencia se pague con prisiones que ya bordean los 30 años, en condiciones inhumanas.

Como broche de oro, el dirigente democratacristiano asegura que en Cuba el vio "pollos del porte de chanchos, vacas del tamaño de un elefante y otros adelantos revolucionarios que significan una mayor producción". Lo único que no vio fueron seres humanos sojuzgados como esclavos por uno de los totalitarismos más brutales que la humanidad haya conocido.